

EL NOVENO CÍRCULO

Tomás Urtusástegui

2009

PERSONAJE: Matías

¿Cuánto tiempo llevaré aquí, en el infierno? ¿Un mes, un año, un siglo? Deben ser varios siglos. Y nada cambia. El mismo tormento día a día, hora a hora. Si al menos fuera original. Pero es mucho pedir, lo sé. Dicen que el ser humano a todo se acostumbra. Pues yo no debo ser humano pues no puedo acostumbrarme a esto que estoy viviendo. Pensé que en el averno siempre habría fuego, grandes llamaradas. Y nada. Se han de estar ahorrando combustible. Los tormentos son diversos pero siempre los mismos. Parece que me contradigo al decir que son diversos pero siempre los mismos. Son diversos durante el día, a las seis de la mañana es uno, a las siete otro, a las tres de la tarde uno distinto. Y así todo el día. Siempre son los mismos pues al día siguiente se repiten todos en el mismo horario. Si me llenan de ruido a las seis de la mañana y a las siete me deslumbran con luces intensas, eso mismo lo tengo el lunes, el martes, el miércoles y demás días. Es para volver loco a cualquiera, lo cual sería una bendición. Ya loco no te puede importar que te digan que te van a dar de comer y cuando ya estás babeando de emoción, te retiran el plato lleno de comida, o te obligan durante una hora a escuchar preguntas a las que no puedes responder pues inmediatamente viene la siguiente: ¿Qué hiciste? ¿Con quién anduviste? ¿Te acostaste con tu secretaria? ¿Dónde está el dinero? ¿Tus hijos no te importan? ¿Piensas que soy una idiota o qué? ¿A qué hora llegaste? ¿Por qué sigues tirando tu ropa por todos lados? ¿Por qué no levantas la tapa del excusado? ¿Cuándo me vas a dar para ir de shopping a Houston? ¿Por qué le pusiste esa cara a mi mamá? ¿Todavía me quieres? Por supuesto que ya todos ustedes que me leen saben cuál es mi infierno. No, no se puede comparar al otro. Éste es bastante peor. Y también está

compuesto por círculos. En el primero, que es amplio, de color amarillo, casi limpio, están mis cuñados. Bien mamones los dos. Los dos votan por el PAN. En el siguiente están los sobrinos y las sobrinas de parte de mi mujer. Bola de niños fresas que quieren todo y que todo les dan, y si no es así hacen sus berrinches. A mí me odian porque les doy sus coscorriones, a escondidas, pero se los doy. En el tercer círculo, éste de color sepia, está mi suegro. Anciano maldito. Ya hace meses que prometió que se iba a morir, que esa era la última Navidad que pasaría con nosotros, y nada, ahí sigue y acá nomás su güey esperando la herencia. El cuarto círculo, éste colorado como la pintura que se ponen las mujeres en labios, uñas, cachetes; está formado por las amigas de mi mujer. Este círculo ya es grueso, como gruesas están todas ellas. Todo el día comen, si no es comida, que sí lo es, se comen a sus amigos, a sus vecinos, a sus maridos. Todas son caníbales. A mí ya me han de haber tragado no sé cuantas veces, empezando por mi mujer. Pero eso sí, todas hacen actos de caridad, regalan lo que no les sirve o les sobra a los pobres. En el quinto círculo, de color azul, están mis hijitos. Yo agregaría de la chingada, pues eso son, hijitos de la chingada. No lo puedo hacer pues son mis hijos y entonces la chingada puedo ser yo mismo. La verdad es que sí se merecen ese título. ¿Ustedes saben cómo se comporta un hijo de la chingada? ¿Verdad que sí? Pues así son los tres. Aunque me estoy equivocando, Luís es el único hijo de la chingada; mis dos hijas, Amparo y Pilar no lo son, ellas son hijas de la chingada y no hijos. ¿En qué círculo voy, en el sexto o séptimo? Déjenme contar. En el primero mis cuñados, en el segundo los sobrinos, en el tercero mi suegro, en el cuarto las amigas de mi mujer, en el quinto mis hijos. ¿Ahí iba, verdad? Entonces sigue el sexto. Ese les corresponde a mis yernos y mi nuera. Todo en él es de color café, color de mierda. Lo que quiero hacer con mis nietos ellos siempre dicen que no o hacen lo contrario. Si yo digo que no deben ver tanto la televisión, en ese momento les compran un

aparato para su recámara; si propongo que vayamos de paseo al campo el domingo ellos dicen que mejor vayamos todos a perisur, y así en todo. ¿A quién creen ustedes que le corresponde el siguiente círculo? Quedan tres para completar los nueve. Entre ellos, por fuerza, tienen que estar mi mujer y mi suegra. ¿quién estará en el octavo, que es más tremendo que el séptimo? Pues pensaron mal, no es mi mujer, es mi suegra. El séptimo lo ocupa mi peor es nada, mi media naranja. Su color es el de la bilis. ¡Guácala! Nunca he entendido por qué se dice media naranja si la mía ocupa no una entera sino un trailer lleno de ellas. ¿Quieren una lista de todas las "cualidades" de mi vieja? Ahí si le atinaron los que nombran así a las esposas. Vieja. Así está ella. A las esposas les dicen además de vieja, media naranja y mi peor es nada de las siguientes formas: la dueña de mis quincenas- la mía es dueña de mis quincenas, de mis mensualidades, de mis aguinaldos, de mi cuenta en el banco, de...de todo-; también les dicen: mujer. Sí, así de simple, le decimos mujer, mi mujer, como si fuera de verdad nuestra. Mayor mentira no puede haber. Los que somos de ellas somos nosotros. El decirles mi costilla ya está muy choteado. Jamás de los jamases daría yo una costilla para que de ella hicieran a mi mujer. Eso ya sería masoquismo doble o triple o séxtuple y no sigo porque no sé cómo se dice cuando son mil veces. ¿Será miltuple? Mejor sigo con la lista que les prometí. Mi mujer es mandona, gorda, hablantina, envidiosa, celosa, está vieja, suda mucho, grita más, se le olvida todo- todo lo mío, lo de ella no lo olvida jamás-. Cocina mal. Siempre está despeinada aunque ella dice que es peinado de salón. Se echa como vil perro en la cama a ver por horas la televisión. Es mocha. Le gusta Adal Ramones y admira a Patty Chapoy ¿Ya dije que es chismosa? ¿No? Pues sí lo es. Gastalona. Presume de su familia, de su linaje, de su dinero. Es cursi a morir: tiene toda la casa llena de peluches color de rosa, de flores de plástico, de... Por su supuesto que es depresiva, neurótica en grado máximo, repetitiva. ¿Quieren más? Mi

lista es interminable. Pero ahí la dejamos por el momento. Ya les dije que mi suegrita ocupa el octavo círculo. Y lo ocupa en su totalidad, así está de botijona, por eso no puedo decir de qué color es. Nunca me lo ha dejado ver con su volumen. No voy a decir mucho de ella. Lean la lista de las “cualidades” de mi mujer y multiplíquenlas por cien. Así es ella. Falta el último círculo, el negro acerado. ¿Quién creen que está ahí? ¿Las criadas, los médicos que atienden a las dos, a mi vieja y a la vieja de mi suegra; el dietista, también de las dos, el cura idem? No, ninguno de ellos. El círculo final es el más oscuro, el que realmente es el infierno, palabra que quiere decir el inferior, el más bajo. Es el peor de todos. El más oscuro, el que tiene más tormentos, al que nadie quiere ir. ¿Ya pensaron quién merece estar ahí? Es muy fácil la respuesta. En el noveno círculo estoy yo mismo. ¿Qué por qué vine yo a dar a este sitio? También la respuesta es simple, ¡por pendejo! Sólo un pendejo puede tener esa clase de mujer, de suegra, de hijos, de sobrinos, de yernos y nueras, de suegro, de cuñados, de amistades y vivir para contarlos.

RESUMEN: MONÓLOGO DONDE UN HOMBRE RELATA SUS NUEVE CÍRCULOS INFERNALES AQUÍ EN LA TIERRA.